

~ CHINA SIN HABLAR ~



Dicen que si uno cava un pozo en línea recta desde algún lugar de Argentina en dirección hacia el centro de la Tierra, después de mucho cavar aparecerá en algún rincón de China. Lo que no dicen es que antes de intentar semejante hazaña no viene mal aprender algo de chino básico, como para hacerse entender del otro lado. Yo cavé ese pozo hacia las antípodas sin planearlo, casi de casualidad. Llevaba diez meses de viaje por Asia y mi plan original —por no decir mi gran objetivo— era viajar a la India y quedarme varios meses allá. Pero al no poder obtener la visa

india desde Malasia decidí cambiar el destino e irme a China. Tomé la decisión en una tarde: si la India no quería recibirme, probaría suerte en el otro gran país de Asia. Apliqué para la visa y tres días después la tenía en mi pasaporte.

Elegí el primer destino de China al azar. Compré el pasaje por internet desde Penang (Malasia) con mi amiga Tippi (china) sentada al lado. Ella me sugirió —y por sugirió digo: convenció— que viajara a Chengdú, una de las ciudades más importantes de China Central, para que nos encontráramos una semana después en Lijiang, en la provincia de al lado. Así que compré el pasaje sin tener mucha idea del lugar en el que iba a aterrizar. Como China no había estado en mi mente hasta hacía pocos días, no caía en que me estaba por ir de viaje al país gigante.

Días antes de tomar el vuelo me fui percatando de algunos datos y empecé a darme cuenta de lo que implicaba viajar a China. Durante una charla con una estadounidense que acababa de volver de Chengdú me enteré, por ejemplo, de que la temperatura en aquel momento era de cinco grados. Después de un año ininterrumpido de verano y humedad, un poco de frío no vendría mal, aunque pasar de treinta a cinco grados en pocas horas iba a ser duro. También me dijo, como si nada, que Chengdú era una ciudad de más de catorce millones de habitantes, y ahí quedé muda. ¿Catorce millones?! ¿No será mucho? Tenía que ir acostumbrándome: en China todo vendría en grandes cantidades.

Compartí las cuatro horas de avión con cuatrocientos chinos que hablaban todos a la vez y se reían muy fuerte de cosas que no entendía. El viaje a China había empezado. Cuando aterrizamos eran las doce de la noche, hacía cero grados y tenía una única misión: llegar a la casa de Susie, la china que iba a alojarme junto a su familia. Me subí a un taxi a la salida del aeropuerto y, al no ser capaz de dar indicaciones habladas, busqué la dirección escrita en caracteres chinos en mi teléfono, apoyé el aparato contra la reja

que me separaba del asiento del conductor y le señalé la pantalla. Él asintió entusiasmado, me hizo una pregunta en mandarín, yo asentí sin tener ni idea a qué asentía y arrancamos.

Durante el trayecto observé China a través de la ventana por primera vez. Ya era casi la una de la mañana y las calles estaban oscuras y desiertas. Los códigos de esa ciudad de catorce millones de habitantes aún me eran desconocidos. ¿Sería peligroso andar sola de noche? ¿Las calles estaban vacías por el frío o por miedo? ¿Cómo sería el ritmo de la ciudad de día? ¿El taxista me estaría paseando? ¿Era seguro tomarse un taxi en China? ¿Lograría comunicarme con la gente sin saber su idioma? La respuesta a esa última pregunta llegó unos minutos después.

El conductor estacionó en la entrada principal de la Universidad Tecnológica de Chengdú y me hizo un gesto de que habíamos llegado, pero no me quise bajar. La situación era la siguiente: Susie y su familia vivían dentro de uno de los tantos bloques de edificios del campus, pero como le había parecido complicado darme las indicaciones por escrito me había pedido que la llamara cuando estuviera en la puerta así me iba a buscar. Le hice señas al conductor de que esperara, agarré mi teléfono e intenté llamarla usando mi número malayo. Una operadora me informó, primero en mandarín y luego en inglés, que no tenía saldo suficiente.

¿Cómo explicarle al conductor que necesitaba comprar una tarjeta SIM china o ir al teléfono público más cercano? Y por más que me entendiera, ¿cómo se usaría un teléfono chino? ¿con fichas, con tarjeta? Ni siquiera estaba segura de que existieran. ¿Cómo decirle, entonces, que no pensaba bajarme del auto hasta no haberme comunicado con mi anfitriona? ¿O cómo pedirle, sino, que me llevara a un hostel? Señalé su celular y le dije, en inglés, que necesitaba "*call my friend*". Me miró. Si se lo hubiese dicho en castellano daba igual. Me di cuenta de que se estaba poniendo impaciente y, en la desesperación, se me ocurrió algo.

Intenté hacer la llamada otra vez, puse mi teléfono en altavoz y le hice escuchar la grabación que decía que no tenía saldo. Me entendió y enseguida me ofreció su teléfono. Llamé a Susie y, diez minutos después, ya estaba con ella en su casa.

A la mañana siguiente, después de una noche fría (en China lo común es no tener calefacción), Susie me presentó a su mamá y a su papá. Ella, como casi todos los chinos de mi edad, era hija única. Sus padres no hablaban inglés pero me recibieron con sonrisas y un desayuno típico de la región: pan al vapor relleno de carne y ají, un huevo que parecía estar cocido y un bol con un líquido que parecía ser leche. Me senté a la mesa sin saber muy bien qué hacer: estaba en una casa tradicional y no quería cometer errores, pero mi shock cultural culinario me confundía. ¿Tenía que meter el huevo en la leche? ¿Eso era leche, no? ¿Sería de vaca o de cabra? ¿El huevo estaría duro? ¿Y si me ponía a pelarlo y resultaba estar crudo? ¿Y si era de mala educación agarrar la comida con la mano? ¿Y qué hacer con la leche, ponerle café? ¿Me animaba a pedir azúcar?

En China sentí, por primera vez en mi vida, que había llegado a un lugar en el que todo lo que había aprendido acerca del mundo no me serviría de nada. Supuse que si estábamos en las antípodas de Argentina lo más lógico era que todo se hiciera de manera opuesta, aunque en aquella ocasión no fue tan así. Esperé a que el padre de Susie se sentara a la mesa, observé cómo comía e imité cada uno de sus movimientos. Así que le puse café a la leche, me comí el pan con la mano, pelé el huevo duro y me lo comí. Más simple y parecido de lo que pensaba.

Antes de irse a la universidad, Susie me escribió expresiones básicas en caracteres chinos —“sí, no, ¿dónde queda?, ¿cómo llego?”— para que le mostrase a la gente si necesitaba ayuda. Después me dejó a solas con su papá, quien amablemente me dibujó un mapa de la ciudad con todos los lugares que podía visitar y me escribió el número de bus que me llevaría de un

sitio a otro. De a ratos me decía cosas en mandarín y se reía, yo le respondía en castellano y me reía de la situación. ¿A quién se le ocurría viajar de manera independiente por China sin hablar ni un poquito de chino? Salimos del departamento y el padre me depositó en la parada de bus correspondiente. A partir de ese momento era yo contra China, y la aventura empezaba en una de las ciudades más inmensas que pisé en mi vida.

En Chengdú todo era *extra-large*. Las cuadras tenían entre doscientos y cuatrocientos metros de largo, las calles eran diez veces más anchas que en cualquier otro lugar del mundo, las veredas eran amplias como salones de baile. Los edificios no solamente eran altos, sino cuadrados y grandotes. Al igual que en otras partes de Asia, las actividades se realizaban en las veredas: las mujeres se sentaban a cocinar y a comer, los hombres se reunían a jugar a las cartas y a fumar, los monjes budistas se sentaban a descansar y los vendedores circulaban en bicicleta con sus productos. La ciudad me pareció gris y, a pesar de tanto movimiento, silenciosa. Los espacios eran tan amplios que los sonidos se perdían en la nada antes de chocar contra un edificio. Las motos —que en otras partes de Asia eran las culpables del ruido— eran eléctricas y, por ende, silenciosas (varias veces estuve a punto de ser atropellada por alguna). Los templos me parecieron descomunales y las estatuas de Mao, gigantescas. Todo tenía tamaños fuera de mis proporciones conocidas.

Los primeros días fueron difíciles: me sentía como en otra dimensión. Todo a mi alrededor ocurría en un idioma que yo desconocía y que ni siquiera podía leer o inferir. Los carteles, los horarios de los colectivos, los menús de los restaurantes, los mapas y los nombres de las calles estaban en caracteres chinos. Por más que hiciera una comparación minuciosa de dibujos, no era capaz de encontrar el nombre que veía en el mapa replicado en un cartel de la calle. Todas me parecían la misma calle infinita. Me perdí varias veces y nunca pude pedir indicaciones ya que

no encontré a nadie que hable inglés y tampoco fui capaz de preguntar por señas qué bus tenía que tomarme para llegar a una dirección que no podía ni pronunciar. Siempre tenía el último recurso de subirme a un taxi y mostrar la dirección de Susie, pero había algo de estar perdida entre caracteres que me divertía.

China era mi primer desafío real. Era el desafío de sumergirme en lo que parecía ser una realidad paralela, de entrar en esa dimensión con reglas y sonidos que yo desconocía y de comunicarme a través de un lenguaje que no fuesen las palabras. China era un universo alternativo que no se asemejaba al mundo que conocía. Y yo era una loca que había decidido ir sola y sin saber el idioma, creyendo que sería fácil.

Un té con la familia minoritaria

Mi mochila y yo quedamos solas en la estación de Kangding. Miré el cartel con los horarios de los buses y volví a sentir eso que definió gran parte de mi viaje por China: frustración. Todo —los nombres de las ciudades, los horarios de salida, los precios— estaba escrito en caracteres. No había oficina de información turística ni nadie que pareciera hablar inglés. China es tan inmenso que no existe una sola ruta y uno no puede pretender encontrarse con oficinas turísticas en todos los pueblos en los que paran los buses.

Había viajado ocho horas por tierra de Chengdú a Kangding con el plan de seguir camino hacia Dao Cheng la mañana siguiente. Quería ir acercándome de a poco a Lijiang, ciudad en la que me encontraría con Tippi unos días después. Me acerqué al mostrador y le pasé un papelito a través del vidrio a la mujer que vendía los pasajes; cuando leyó el nombre de la ciudad me respondió —con un tono que yo interpreté como exasperación— *“no bus, no bus!”* y me hizo señas de que dejara pasar al siguiente. Un poco abrumada, decidí resolver lo del pasaje más tarde y me

fui a caminar en busca de un hostel que había visto en internet y que, en teoría, estaba cerca de la estación.

Me perdí. Kangding es una ciudad que se puede recorrer a pie de punta a punta, pero yo me perdí. Sabía que tenía que llegar al río Zhepuo, que fluye paralelo a la avenida principal, y cruzar el tercer puente, pero ¿aquel arroyo sería el río? ¿Y el tercer puente contando desde qué lado? Cuando uno llega a un lugar nuevo es difícil adivinar qué es lo que sus habitantes consideran río o, incluso, puente. ¿Y si del otro lado del río había otra terminal? Eso me obligaría a interpretar las indicaciones a la inversa.

Caminé con el frío que me pegaba en la cara, abrigada por mis mochilas y por una campera turquesa que me había regalado Susie. Lo primero que me llamó la atención fueron los dibujos de colores en las laderas de las montañas: después me enteré de que eran motivos tibetanos. Kangding es la capital de la Prefectura Autónoma Tibetana de Ganzi, está ubicada a 2560 metros de altura y casi el ochenta por ciento de sus 100 000 habitantes son tibetanos. En el pasado perteneció a la antigua Kham, una región que quedó dividida entre la provincia de Sichuan y el Tíbet.

Iba enojadísima conmigo misma. Hacía una hora que estaba caminando en busca del hostel y no hacía más que dar vueltas en círculo. ¿Cómo podía ser que no fuese capaz de leer un mapa ni de seguir una indicación? ¿Quién me había mandado a viajar a Kangding? ¿Por qué se me había ocurrido ir a China sola? Estaba perdida y ni siquiera tenía con quien quejarme. Pero como todavía era temprano decidí tragarme la bronca, olvidarme del hostel durante un rato y caminar hacia donde me lleve el instinto. No tenía nada que perder ni horarios que cumplir.

Decidí bordear el río y, mientras caminaba al lado de una baranda, los vi: naipes. Eran tres: un doce de trébol, un seis de diamantes y un siete de corazones. Tomé el hallazgo como una señal de buen agüero; según mi experiencia, cada vez que

encontraba uno en plena calle, algo bueno pasaba después. Seguí caminando y decidí sentarme a descansar. Una mujer con bastón se me acercó con la mano extendida, me habló en un idioma que jamás sabré cuál es y lo que en un principio interpreté erróneamente como un pedido de limosna se convirtió en una mano que me acariciaba la cabeza y me consolaba. Si bien no pude entender sus palabras, con sus gestos me estaba diciendo que comiera y que descansara y que todo iba a estar bien. Me sonrió y se fue. Media hora después me encontró otra vez. Yo estaba sentada en otra esquina, ella se acercó y volvió a consolarme con la mano mientras me hablaba con ternura. Se fue, volví a quedar sola y tuve muchas ganas de llorar. Me levanté dispuesta a encontrar un lugar donde dormir y me acerqué a un grupo de hombres que conversaba en la calle. Les mostré el nombre del hostel y, tras consultar varios GPS, uno de ellos me guió y me dejó en la puerta. Estaba a tres cuadras.

A la mañana siguiente volví a la estación con la esperanza de poder conseguir algún pasaje que me acercara unos kilómetros a Lijiang. Había modificado mi ruta con la ayuda de un chino que había conocido en el hostel, así que fui con las nuevas indicaciones escritas en un papel. Mientras hacía la fila, una china de mi edad se me acercó y me preguntó en inglés si necesitaba ayuda. Se llamaba Eva. Le expliqué adónde quería ir y ella averiguó los horarios y me compró el pasaje. Le agradecí y salí sola de la estación. Pocos segundos después escuché una voz que me gritaba: *"Hello! Hello!"*. Eva y su mamá venían corriendo detrás mío para invitarme a desayunar con ellas.

Nos sentamos en un local a comer sopa de fideos y pan relleno. La mamá me interrogó y Eva tradujo: "¿De dónde sos? ¿Cuántos años tenés? ¿Estás casada? ¿Viajás sola? ¡Qué peligro! ¡Tenés que viajar con alguien, no podés ir sola!". Quise invitarles el desayuno como agradecimiento por haberme ayudado pero no me dejaron pagar. Caminamos un rato por la ciudad, nos

despedimos y quedamos en encontrarnos en la plaza central —una zona cuadrada de cemento, ubicada en el medio de la ciudad— a las seis de la tarde.

A eso de las cuatro salí a caminar y llegué, de casualidad, a esa misma plaza. Entremedio de los vendedores de comida, de los chicos que jugaban en el piso y de las mujeres con sus vestimentas típicas, vi que dos señoras me hacían señas mientras gritaban: “*Ni hao! Ni hao!*” (“¡Hola! ¡Hola!”). Las miré durante unos segundos (porque además de desorientada soy medio miope) y me di cuenta de que una de ellas era la mamá de Eva. Me acerqué y enseguida me invitaron a sentarme. La madre me explicó por señas que Eva había ido a cortarse el pelo, aunque eso fue todo lo que entendí de nuestra no-conversación. Después me hicieron preguntas en mandarín, se rieron a carcajadas, gritaron, me tocaron el hombro y se rieron un poco más. Varias veces escribieron cosas en mi cuaderno y me las leyeron despacio, caracter por caracter, como si de esa manera fuese a entenderlas. Yo repetía, con gracia y resignación, la única expresión china que había logrado aprender: “*Wo bù míngbai*” (“No entiendo”). Unos minutos después apareció Eva y me dijo que querían invitarme a cenar a la casa de la amiga de su mamá, así que nos fuimos las cuatro para allá.

Caminamos tres cuadras y entramos a una residencia antigua, de madera. Nos sentamos en los sillones de la sala de estar, alrededor de una mesita con una hornalla. Ellas trajeron un plato lleno de caramelos y pusieron agua para el té. Al lado mío se sentó una mujer de más de noventa años: era la abuela de Eva. De tanto en tanto me agarraba la mano, me miraba con sus ojos azules y me hablaba como si la entendiera. Eva, la única que sabía algo de inglés, me contó que pertenecían a la etnia yí zú, uno de los 55 grupos minoritarios de China. Los yí zú viven en áreas rurales y zonas montañosas del sur de China, Vietnam y Tailandia; hablan su propio dialecto, un idioma tibetano-

birmano, y son, en su mayoría, pastores o cazadores nómadas. Tienen su propia religión animista y muchos historiadores creen que son ancestros de los tibetanos.

No podía creerlo: estaba tomando el té —un ritual cultural y social milenario— con un grupo de mujeres de una minoría étnica. En China el té se consume como medicina y como bebida hace más de 4000 años: se utiliza para demostrar respeto a los mayores, pedir perdón, dar gracias, compartir con familia y amigos y acompañar cada comida. Y yo estaba teniendo el privilegio de compartirlo con ellas. Cada vez que mi taza quedaba vacía, la mamá de Eva la llenaba sin preguntarme y yo hacía dos golpecitos con el dedo índice sobre la mesa para decir gracias, como es costumbre en China. Lo que más alegría me daba era sentir que todo aquello estaba ocurriendo gracias a que me había perdido en un país en el que no sabía ni hablar el idioma.

Charlamos durante horas como cinco amigas de la vida: ellas me hablaban alegremente en su idioma, Eva traducía lo que podía y yo entendía menos de un quinto. Pero por más que no pudiera decirles nada me sentía muy feliz. Quería abrazarlas y darles las gracias, pero como iba a quedar como una loca desestimé esa idea y le pedí permiso a Eva para sacar algunas fotos de recuerdo. Aceptaron encantadas. Cuando la abuela vio mi cámara salió corriendo hacia otra habitación; pensé que la había ofendido y que ya no volvería, pero no: había ido a ponerse linda. Buscó su saco negro y azul, se arregló el gorro, se puso los anillos y posó para mí con la vestimenta tradicional de su etnia.

Cuando la sesión de fotos terminó, nos dedicamos a comer. Me sirvieron un plato tras otro de arroz con vegetales y, cuando se hizo de noche, nos despedimos. Madre, amiga y abuela me saludaron desde la puerta con las dos manos y me dijeron, a los gritos, que volviera a visitarlas cuando quisiera, que siempre era bienvenida y que por favor no viajara sola. Eva me acompañó al hostel y, en el camino, escuchamos una música instrumental que

salía de la plaza central. Seguimos el sonido y nos chocamos con cien personas que bailaban lentamente, en perfecta coordinación, como si estuviesen ensayando una coreografía. Eva me explicó que los habitantes de Kangding se reunían en el cuadrado central todas las noches e improvisaban un baile: una persona guiaba y el resto seguía sus pasos, sin necesidad de palabras.

Cuando llegamos al hostel me surgió el dilema de la despedida. Cada país asiático es distinto a la hora de mostrar (o no) afecto en el saludo: en algunos lugares las personas no se tocan sino que hacen un gesto de respeto manteniendo un metro de distancia, en otros se dan abrazos efusivos cada vez que se ven, en otros se saludan estrechándose una mano y tocándose el corazón con la otra. Yo nací en un país donde hombres y mujeres se saludan con un beso en la mejilla y, en muchos casos, un abrazo, pero viajando me di cuenta de que eso no era normal en todas partes. En Asia, al ser visitante, siempre esperé que la persona local empezara el ritual del saludo para ver de qué manera lo hacía y comportarme acorde a las normas del lugar. Tenía ganas de abrazar a Eva y de agradecerle por aquel encuentro, pero ella no se acercó sino que me sonrió, movió la mano y se fue.

Desde el autobús

Viajando por tierra me di cuenta de lo inmensa e inabarcable que es China para un viajero. Cada tramo de un pueblito a otro me llevaba, como mínimo, ocho horas, pero cuando trazaba en un mapa el recorrido que acababa de hacer me daba cuenta de que no había avanzado más que unos pocos milímetros. Pasar el tiempo en los autobuses, sin embargo, era un viaje en sí mismo. Los paisajes eran imponentes: estaba acostumbrada a ver imágenes así en los parques nacionales, pero no tanto en la ruta. Atravesar China por tierra era como ver documentales a través de la ventana. Cuando pasábamos al lado de un pueblito me daban

ganas de intercambiar roles con un habitante local y quedarme a vivir entre el verde y amarillo de las plantaciones de arroz.

Cada vez que me subía a un colectivo —sola, occidental, con mochila, en una zona poco turística del país— me pasaba lo mismo: todos los pasajeros me miraban. La mirada de los asiáticos ya de por sí es penetrante, pero la de los chinos me traspasaba. Los niños me miraban. Los ancianos me miraban. Familias enteras me miraban fijo y no bajaban la vista. Yo les sonreía, ellos me devolvían la sonrisa y me miraban un rato más. Fueron pocas las veces que compartí un viaje con otro extranjero: al ser un país tan grande, los viajeros estábamos dispersados. Así que, en general, yo era la única presencia extraña dentro de los buses y estaba segura de que la mayoría de los pasajeros pensaba que había caído de otra galaxia.

Los colectivos chinos de larga distancia —aunque cabe preguntarse qué se considera larga distancia en China— no tenían baño, así que cada dos horas el conductor hacía una parada obligada al costado de la ruta. Durante varios años, en Argentina, tuve el mismo sueño recurrente: tenía muchas ganas de ir al baño pero todos los inodoros que encontraba estaban en un lugar público, rodeados de gente, sin paredes ni puertas que me dieran algún tipo de intimidad. Para mí, eso era una pesadilla: tenía que hacer algo muy privado frente a cientos de desconocidos que me miraban con curiosidad. El resultado del sueño era que casi siempre me aguantaba las ganas. La primera vez que entré a un baño al costado de una ruta en China me acordé de aquel sueño.

Poco antes de viajar a China, una china-malaya me había sugerido que llevara paraguas. “¿Por qué? ¿Llueve mucho?”, había preguntado yo con inocencia. “No, es que en las zonas rurales los baños que están al costado de la ruta no tienen puertas, entonces el paraguas te sirve de escudo para taparte”. Cuando entré por primera vez a un baño rutero vi lo siguiente: un pozo rectangular

que atravesaba el espacio de punta a punta y desagotaba en una esquina, y paneles de un metro de altura (a un metro de distancia uno de otro) que hacían de paredes. Ninguno de esos cubículos tenía puerta: cualquiera que caminara hasta el baño del fondo podía ver todo lo que hacía el resto de las mujeres. Respiré hondo, me metí en uno de los cubículos y me enfrenté a mi pesadilla recurrente. Nadie me miró: esos baños, en China, eran algo normal. Cuando salí de entre mis paneles me choqué con una imagen cómicamente bizarra: dos mujeres, una frente a la otra, cagaban en cucullas mientras fumaban un cigarrillo y charlaban. Ese día perdí la vergüenza y nunca más volví a soñar con baños sin paredes.

Fueron incontables las veces que alguien me ofreció comida al verme viajando sola en autobús. Generalmente eran las mujeres las que me tomaban la mano, me hacían poner la palma hacia arriba y me regalaban manzanas, naranjas o maní. Desde el inicio de mi viaje por China sentí una conexión muy especial con sus mujeres: fueran adultas, niñas o ancianas, todas me sonreían con calidez, algunas me daban comida, otras me miraban con curiosidad y todas intentaban ayudarme y protegerme. Ese fue, tal vez, el premio por viajar sola: que pude lograr un vínculo inmediato con otras mujeres por el solo hecho de ser mujer y de estar sola en un lugar muy distinto al mío.

Tres chinas y yo

Las tres chinas me adoptaron como amiga arriba del autobús. Después de ocho horas de viaje habíamos llegado al lago Lugu, un conjunto de veinte aldeas habitadas por los mosuo (otro de los 55 grupos étnicos minoritarios de China). El conductor había decidido finalizar su recorrido en la entrada del lago y, por más que intenté decirle (por señas) que necesitaba llegar al otro extremo, apagó el motor y se bajó. Quedé sola y confundida

entre los pasajeros, y tres chinas de mi edad me agarraron del brazo y me hicieron señas de que me quedara con ellas. Me habían adoptado de compañera justamente en una de las últimas comunidades matrilineales del mundo.

En la cultura mosuo las mujeres son la cabeza de la familia y de la sociedad: ellas son las dueñas del dinero, de la tierra y de las viviendas; el prestigio social, las propiedades y el apellido se heredan por vía materna. El matrimonio no existe como institución sino que se concibe como una unión libre que puede ser finalizada en cualquier momento, sin división de bienes ni juicios de por medio. El rol de padre y marido es inexistente: hombres y mujeres se enamoran y tienen hijos pero no asumen compromisos legales, no comparten propiedades y tampoco abandonan sus hogares para irse a vivir juntos. Los hijos son criados por su madre, su abuela y sus tíos. La familia materna es el núcleo más importante y los mosuo no conciben abandonar el hogar de la madre para formar uno nuevo, ya que creen que eso causaría inestabilidad en la sociedad. Así que en una misma casa conviven varias generaciones, con la mujer mayor como cabeza de la familia. Hay antropólogos que afirman que la de los mosuo es una de las sociedades más pacíficas del mundo.

El lago Lugu me pareció un lugar inmenso y silencioso. Ubicado a 2600 metros de altura, aquel valle se mantuvo aislado del mundo exterior durante siglos, lo que le permitió a los mosuo desarrollar y mantener sus costumbres y tradiciones ancestrales sin influencia de las sucesivas dinastías chinas ni de las sociedades modernas. En 1982 se construyó la primera ruta de acceso al lago y la región comenzó a abrirse al turismo nacional e internacional. Y así, parte de la autenticidad del lago se perdió y el llamado Reino de las Mujeres pasó a ser otro atractivo turístico de China.

En la entrada de la aldea principal nos esperaban mujeres vestidas de manera tradicional y un peaje de diez dólares por persona. Viajar con las tres chinas, sin embargo, le devolvió su

toque de autenticidad al lugar. Jamás supe su edad, sus nombres, ni de qué parte de China provenían. Eran tres, parecían tener entre veinte y treinta años y estaban acompañadas por un hombre de unos cincuenta. ¿Quién era y qué hacía con ellas? ¿Sería el padre? ¿La pareja de una de ellas? Nunca me enteré.

Durante tres días hicimos todo juntas, excepto hablar. Salimos a caminar del brazo, nos sacamos fotos como amigas de la vida, nos colamos en un hotel para ver una celebración, compartimos desayunos, almuerzos y cenas. Una mañana alquilamos una combi y recorrimos el lago. En una de las paradas, dos de las chicas y el hombre se subieron a un teleférico y yo me quedé abajo con la tercera china, que me agarró del brazo y me llevó a caminar por la aldea. Charlamos, cada una en su idioma: ella me señalaba un paisaje y me hablaba efusivamente en mandarín, yo la miraba, me reía y le respondía en castellano. Era nuestra forma de relacionarnos. La única expresión que fue capaz de traducirme fue *piào liàng*, que significa *beautiful*, y que era lo que siempre me repetía frente a las vistas del lago.

Caminando llegamos a una casa. En la entrada había un cerezo en flor y una mujer que sacaba pescados de una red para secarlos al sol. La china la saludó y la mujer nos hizo señas de que nos sentáramos con ella. Nos ofreció galletas de cereal y un vasito de licor elaborado por las mujeres del pueblo. Como es mala educación rechazar una ofrenda de comida, aceptamos. Después nos invitó a conocer el interior de su casa. Las viviendas mosuo tienen una estructura fija: la planta baja funciona de cocina, comedor, área de visita y área de descanso de los animales. En el piso de arriba están los dormitorios y el depósito de comida: los hombres duermen en espacios comunales, y las matriarcas —las mayores de la familia— son las únicas que pueden tener una habitación privada.

Antes de irnos, la mujer me dio una bolsita con más galletas; yo miré a mi amiga china como preguntándole si tenía que

darle algo a cambio, ella agarró mi celular —en el que tenía un traductor bastante básico de inglés/chino— y me mostró la traducción de la palabra que había escrito: *gift* (regalo). Al día siguiente viajamos juntas a Lijiang y nos despedimos al igual que con Eva: de lejos y con la mano, como si nada de aquello hubiese merecido un abrazo.

Lijiang y el gran casamiento chino

Lo que más recuerdo de Lijiang es la comida. Viajando por China me di cuenta de que lo que conocía como comida china no tenía nada que ver con la gastronomía de aquel país. Cada región tiene sus especialidades y, para los chinos, comer es un ritual social. Es raro ver a alguien comiendo solo: en las mesas no se sirve un plato principal para cada comensal sino que se ponen varios con distintos tipos de comida (tres o cuatro de vegetales, dos o tres tipos de carne, una sopa) en el medio. Cada persona tiene un bol de arroz y se va sirviendo de los platos aquello que quiera. La cuenta se divide en partes iguales. Y el té es la bebida que acompaña antes, durante y después de cada comida.

Durante mis primeros días, una de las cosas que más me costó hacer fue comer. Los menús estaban escritos en caracteres chinos y no tenían fotos, así que pedir algo era como cerrar los ojos, poner el dedo sobre el papel y dejar que el azar eligiera mi próximo plato. Después de varios días de frecuentar los supermercados y de comprarme los baldes de *noodles* instantáneos, Tippi me dio la solución vía Skype: tenía que señalar. Me explicó que en China era muy común entrar a la cocina de los restaurantes para ver qué ingredientes frescos había. Y como yo no podía hablar, tendría que señalar. Así que a partir de aquel día entré a todas las cocinas y señalé lo que me parecía más tentador.

Por fin, después de dos semanas de estar viajando sola, me reencontré con Tippi en Lijiang. Estando con ella todo era

distinto: podía ir a donde quisiera, comer lo que se me antojara y preguntar lo que se me diera la gana. Ella se encargaba de traducir todo. Gracias a Tippi nos alojamos (y comimos) durante una semana en una posada de la parte antigua de Lijiang de manera gratuita, ya que la dueña era amiga suya. Esa posada fue mi paraíso gastronómico: la cocinera era excelente, los ingredientes eran muy frescos y los platos muy variados. Estando en Lijiang, además, nos invitaron a un casamiento naxi (otro de los grupos étnicos minoritarios de China) en una aldea en las afueras. La típica duda de toda mujer ante una inminente fiesta de casamiento —“¿pero qué me voy a poner?”— quedó opacada por un conjunto de preguntas mucho más interesantes: “¿Cómo será un casamiento chino? ¿Se parecerá en algo a las fiestas argentinas? ¿Qué música pasarán? ¿Cómo estarán vestidos? ¿Habrá carnaval carioca?”.

La celebración fue un jueves y empezó a las nueve de la mañana en la casa de la novia, en una aldea a veinte minutos de Lijiang. En la entrada del pueblo, un grupo de mujeres naxi jugaba a las cartas en la vereda. Como estaban usando un mazo distinto a cualquier otro que hubiese visto en mi vida, me acerqué para observarlo mejor. Una de las mujeres nos invitó a sentarnos y, después de mirarme, le dijo a Tippi que quería presentarme a su hijo para que me quedara a vivir ahí con ellos. Me reí, le dije que por el momento no podía, nos despedimos y seguimos la fila de autos estacionados que nos guió a la casa de la novia.

Entramos sin pedir permiso —las puertas estaban abiertas— y nos encontramos con unas cien personas distribuidas en mesas, comiendo desaforadas y hablando muy animadamente. No había música. Las mujeres tenían puesta su vestimenta tradicional y los hombres estaban de jean, la novia tenía un vestido blanco y el novio un traje gris. En las mesas había bandejas repletas de comida y de cigarrillos, en el piso se veían restos de semillas de girasol, mazos de cartas olvidados y vasos de plástico aplastados.

Un grupo de mujeres cocinaba al aire libre mientras otro lavaba los platos en la entrada de la casa. En la terraza, los hombres apostaban sus yuanes al *mahjong*, el dominó chino. Cuando Tippi y yo nos sentamos, un grupo de niños curiosos nos rodeó: querían conocer a la única extranjera de la fiesta. Cuando vieron mi cámara posaron para que les sacara fotos.

Más tarde, los amigos de la novia llevaron a cabo un ritual: ella entró a su habitación de soltera con sus amigas y cerró la puerta, los hombres golpearon, abrieron y la sacaron a la fuerza. Con eso simbolizaron que la chica dejaba la casa de sus padres para irse a vivir a la de su marido. La segunda parte de la celebración fue en la casa de los padres del novio, en otra aldea a quince minutos de distancia. Ahí tampoco hubo música, ni mesas asignadas, ni carnaval carioca, ni videos, ni vals, ni ramo, ni mesa de postres. Y sin embargo dos personas se unieron en matrimonio, igual que en cualquier lugar del mundo. Cuando le pregunté a Tippi si en un casamiento chino era normal poner música y bailar me dijo que no. En un casamiento chino lo normal era hacer una sola cosa: comer.

Llueve en China

Cuando Tippi se volvió a Malasia fue difícil seguir camino sola. Tenía planeado viajar dos meses por China pero me quedé uno: eso de no poder hablar me había agotado. Además, cuando la lluvia empezó a perseguirme supe que era una señal. El primer lugar donde me alcanzó fue en Kunming: en la llamada Ciudad de la Eterna Primavera no sólo llovió, sino que nevó. Y Kunming era, según investigué, un lugar en el que la nieve caía con la misma frecuencia que en Buenos Aires: una vez al siglo. A partir de ese momento, lugar al que iba, lugar en el que llovía. Si bien el agua en sí no era tan terrible, la lluvia invernal de China traía dos acompañantes: frío y niebla.

Viajé, durante casi una semana, por pueblitos fuera del mapa turístico. Cuando llegué a Guilín, uno de los destinos más visitados del sur de China, volví a escuchar esa banda sonora callejera tan odiosa y reconfortante: “*Hey, lady! Motorbike! Lady, here, lady! Bamboo boat! Cheap tour, lady!*”. Había llegado a un lugar donde no tendría problemas de comunicación pero donde tampoco tendría mucha oportunidad de hablar de temas que me interesaran. Volví a sentir, como en gran parte de la Asia turística, que cada vez que salía a la calle había alguien al acecho para venderme algo. Y empecé a sentirme cansada.

Visto de afuera, vivir viajando puede parecer una vida perfecta. Es ideal (por lo menos para mí), pero está lejos de ser perfecta. A mí, personalmente, me encantan los viajes largos (de varios meses o años) porque la relación con el camino es otra: viajar sin pasaje de vuelta me permite dejarme llevar por rutas inesperadas sin miedo a romper itinerarios o quedarme sin días. El tiempo parece infinito: no hay apuro, no hay fechas de vencimiento, no hay angustia por la vuelta inminente. Pero un viaje largo, a la vez, es como la vida misma: deja de ser una suspensión de la rutina (como puede ser una vacación o una escapada) para convertirse en la rutina de la no-rutina, pero rutina al fin: lo de “todos los días algo nuevo” pasa a ser lo cotidiano. Y eso implica permitirnos sentimientos que en una vacación no tienen tiempo de aparecer: nostalgia, tristeza, angustia, indiferencia, depresión, cansancio. En un viaje largo, además, las opciones son interminables: al no tener fechas ni planes fijos, cualquier camino es posible, y eso también puede ser desesperante. ¿A dónde ir, con tanto mundo para ver?

Decidí pasar mis últimos días en Yangshuo, otro de los destinos más visitados de China. Necesitaba una dosis de facilidad. Si bien Yangshuo estaba repleto de turistas de todas partes del mundo, para mí seguíamos siendo China, la lluvia y yo. Nadie más. El día que paró de llover me alquilé una bici y salí

a pedalear sin rumbo. Seguí el río, me metí entre plantaciones de arroz y llegué a aldeas vacías. Me embarré y, por supuesto, me perdí. “Viajar es perderse por el mundo”, decreté. Solamente al no preocuparnos demasiado por llegar a destino somos capaces de fluir con el camino y de dar lugar al azar.

Estaba perdida en el campo chino —al igual que lo había estado en el país durante un mes— pero no me preocupaba demasiado: sabía que alguien me indicaría el camino. Buscando el río Yulong llegué a una bifurcación y me quedé ahí parada sin saber qué ruta tomar. Unos minutos después apareció una mujer en bicicleta con su bebé en la espalda. La frené y le mostré un papelito que decía “río Yulong” en caracteres chinos. Me hizo señas de que la siguiera, así que durante diez minutos pedaleé detrás de ella en silencio. Atravesamos paisajes irreales, repletos de árboles otoñales, plantaciones amarillas de arroz y hojitas secas en el piso. Me dejó a orillas del río, me sonrió y siguió su camino. Y ahí comprendí que en ese instante, en esos diez minutos de trayecto en bicicleta, se resumía mi viaje por China.

Este capítulo forma parte del libro “Días de viaje. Relatos en primera persona” (Aniko Villalba, 2013). Para adquirir la versión completa (en papel o ebook) ingresar a www.anikovillalba.com